

La política de la sociedad de riesgo*

Ulrich Beck**

Ulrich Beck sintetiza en este artículo su interpretación de la sociedad moderna. Para él, ésta debe considerarse como una sociedad de riesgo. Este tipo de sociedad, que parece instaurarse aceleradamente en el mundo contemporáneo, nace de lo que diversos autores consideran como la muerte de la naturaleza y la tradición. Los riesgos de la etapa actual de la sociedad moderna ya no son productos del destino, sino más bien de la toma de decisiones y de un amplio abanico de opciones en el que están de por medio la ciencia, la política, la industria, los mercados y el capital. Ahora empezamos a preocuparnos no de lo que las fuerzas incontroladas de la naturaleza pueden hacernos a los humanos, sino de lo que los humanos le hacemos a la naturaleza, y de la forma en que los daños al mundo natural se convierten en daños contra el hombre mismo. Pero además, los riesgos del momento actual aparecen para este autor como una consecuencia del fin de la tradición y del conjunto de sus certidumbres. En la medida en que confiamos menos en el sistema tradicional de seguridad, tenemos que negociar con un número mayor de riesgos en nuestra existencia cotidiana.

Beck explora y concibe a la sociedad actual en este artículo como producto de riesgos ecológicos y riesgos sociales cuyos efectos amenazan su propia viabilidad, ya no sólo en el largo plazo sino también en escenarios temporales más inmediatos.

Considérese la situación intelectual de Europa después de 1989. Todo un orden mundial se había derrumbado. ¡Qué oportunidad para aventurarse hacia cosas nuevas! Pero nos quedamos con los antiguos conceptos e ideas y cometemos los mismos errores. Incluso hay una especie de proteccionismo de izquierda y un cambio de posición. Como ha señalado Anthony Giddens, el socialismo radical se ha vuelto conservador y el conservadurismo se ha vuelto radical (Giddens, 1994). Hay que redescubrir sociológicamente este mundo demencial infectado por el mal de las vacas locas y hay que reescribir, redefinir y reinventar el guión de la modernidad. De esto se trata la teoría de la sociedad mundial de riesgo (*world risk society*), y para dar una mejor idea de mis "errores", me concentraré en tres puntos.¹

* Este artículo aparecerá publicado en Franklin, J. (ed.), *The Politics of Risk Society*, Oxford, Polity Press. Traducción de Lucrecia Orensanz.

** Jefe del Departamento de Sociología de la Universidad Ludwig-Maximilians, Munich.

¹ En este capítulo intentaré resumir mi argumento sobre la sociedad de riesgo. Me ha resultado muy estimulante leer los comentarios de David Goldblatt, en su capítulo "The Sociology of Risk: Ulrich Beck" (Goldblatt, 1996: 184-203).

Primero, retomo la teoría de la sociedad de riesgo para mostrar cómo transmite una nueva concepción de una sociedad “no industrial” y cómo modifica la política y la teoría social. Segundo, asumo la postura de mis críticos para explorar lo que considero las cuestiones teóricas que ahora limitan el desarrollo de mis ideas sobre el riesgo. Tercero, señalo las vías teóricas y políticas que me gustaría que se exploraran, quizás en el nivel comparativo y europeo.)

Gran Bretaña está viviendo lo que *The Independent*² ha llamado “*beef-gate*”³ –la impresión de vivir en una sociedad de riesgo. La sociedad se ha vuelto un laboratorio en donde no hay nadie a cargo. Las industrias de la carne de res nos han sometido a un experimento, y la elección más simple –comer carne de res o no– puede ser una decisión de vida o muerte. Incluso Hamlet debe reconsiderarse: res o no res, ¡ésa es ahora la cuestión!⁴ Sociológicamente, hay una gran diferencia entre los que toman riesgos y los que resultan víctimas de los riesgos ajenos. Señalaré algunos principios epistemológicos que caracterizan los tres principales argumentos en la teoría de la sociedad de riesgo.

La sociedad de riesgo comienza en donde termina la naturaleza (Beck, 1992: 80-84). Como ha señalado Giddens, ese límite es donde el centro de nuestras preocupaciones pasa de lo que puede hacernos la naturaleza a lo que le hemos hecho a la naturaleza. La crisis de la EBS⁵ no es simplemente un asunto del destino, sino de decisiones y opciones, ciencia y política, industrias, mercados y capital. No se trata de un riesgo externo, sino de un riesgo generado en la vida de cada persona y en una variedad de instituciones. Una paradoja central de la sociedad de riesgo es que estos riesgos internos son generados por los mismos procesos de modernización que intentan controlarlos.

La sociedad de riesgo comienza en donde termina la tradición, cuando en ninguna esfera de la vida se pueden ya dar por hechas las certezas tradicionales. Cuanto menos podamos depender de las seguridades tradicionales, tantos más riesgos debemos negociar. Cuantos más riesgos, tantas más decisiones y elecciones. Hay una importante línea de argumentación que, en este contexto, relaciona la teoría de la sociedad de riesgo con los procesos complementarios de individua-

² Periódico británico [NT].

³ Juego de palabras entre *beef* (carne de res) y [*Water*] *gate* (en relación con el escándalo) [NT].

⁴ En el original: “*To beef or not to beef now is the question!*” [NT].

⁵ Encefalopatía bovina espongiiforme (*Bovine Spongiform Encephalopathy*) [NT].

lización en los ambientes del trabajo, la vida familiar y la identidad personal, que he explorado en otra parte (Goldblatt, 1996, parte 2; Beck y Beck-Gernsheim, 1996: 23-48).

La teoría de la sociedad de riesgo interpreta las formas en que la combinación de estos dos procesos interrelacionados, el fin de la naturaleza y el fin de la tradición, han alterado el estatuto epistemológico y cultural de la ciencia y la constitución de la política. En una era de riesgo, la sociedad se vuelve un laboratorio en el que no hay nadie responsable de los resultados experimentales. La creación del riesgo en la esfera privada implica que ésta ya no puede considerarse apolítica. De hecho, una arena completa de subpolítica híbrida surge del ámbito de las decisiones de inversión, desarrollo de productos, manejo de plantas y prioridades de investigación científica. En esta situación, se ha hecho a un lado a las fuerzas políticas convencionales y a los sistemas de representación de la sociedad industrial (Beck, 1997). Observemos estos principios con más detalle.

La noción de sociedad de riesgo vuelve más perceptible un mundo caracterizado por la pérdida de una distinción clara entre naturaleza y cultura. Hoy en día, si hablamos de naturaleza, hablamos de cultura, y si hablamos de cultura, hablamos de naturaleza. Cuando pensamos en el calentamiento global, en el agujero de la capa de ozono, en la contaminación o en las alarmas alimenticias (*food scares*), la naturaleza está inexorablemente contaminada por la actividad humana. Este peligro común tiene un efecto nivelador que elimina algunas de las fronteras cuidadosamente construidas entre clases, entre naciones, entre humanos y el resto de la naturaleza, entre creadores de cultura y criaturas de instinto o, para usar una distinción más antigua, entre seres con y sin alma.

Vivimos en un mundo *híbrido* que trasciende las antiguas distinciones teóricas, como ha sostenido convincentemente Bruno Latour (Latour, 1995). Los riesgos son *híbridos hechos por el hombre*. Incluyen y combinan política, ética, matemática, medios masivos de comunicación, tecnologías, definiciones culturales y preceptos. En la sociedad de riesgo, la sociedad moderna se vuelve reflexiva, es decir, se vuelve objeto y problema para sí misma.

Muchos sociólogos (incluyendo a Foucault o Adorno y Horkheimer, teóricos críticos de la escuela de Frankfurt) concibieron la modernidad como una cárcel de conocimiento técnico. Alterando la metáfora, todos somos pequeños engranes de una gigantesca máquina de razones tecnológicas y burocráticas. Sin embargo, la sociedad de

riesgo, al contrario de la imagen que ofrece el término, constituye un mundo mucho más abierto y contingente de lo que podría sugerir cualquier concepción clásica de la sociedad moderna y es así precisamente *debido a* y no *a pesar de* todo el conocimiento que hemos generado acerca de nosotros mismos y del entorno material.

Como sostiene François Ewald (1987), el riesgo es una manera de controlar el futuro o se podría decir también, de colonizarlo. Los eventos que *no existen* (todavía) tienen una gran influencia en nuestros asuntos y acciones presentes. Así, los riesgos son una especie de realidad virtual, aunque real. Cuanto mayor sea la amenaza (o, para ser más precisos, la definición y construcción sociales de la amenaza), tanto mayor será la obligación y poder para cambiar los eventos actuales. Tomemos como ejemplo el “riesgo de globalización”. Establece que si se quiere sobrevivir en el mercado capitalista mundial, se deben cambiar los fundamentos básicos de la modernidad: la seguridad social, la nación, el poder de los sindicatos y demás. Cuanto mayor sea la amenaza, tanto mayor es el cambio que debe realizarse para poder controlar el futuro. Este sentido profundamente politizante del argumento de la sociedad de riesgo pueden usarlo no sólo los ambientalistas, sino también, y de manera más efectiva, el capital global. Como hemos señalado Giddens y yo, hay otra paradoja central que debemos entender: que cuanto más tratamos de colonizar el futuro, tanto más probable se vuelve que nos presente sorpresas. Es por esto por lo que la noción de riesgo pasa por dos etapas.

En la primera, el riesgo no parece ser más que parte de un cálculo esencial, un medio de sellar fronteras a medida que se invade el futuro. El riesgo vuelve previsible lo imprevisible, o promete hacerlo. En esta forma inicial, el riesgo es una parte estadística en las operaciones de las compañías aseguradoras (Ewald, 1987). Éstas saben mucho acerca de los secretos del riesgo que cambian a la sociedad, aunque todavía no haya sucedido nada. Se trata de riesgo en un mundo donde mucho se sigue “dando por hecho”, como el destino, incluyendo a la naturaleza externa y a las formas de vida social coordinadas por la tradición. A medida que la industrialización va permeando la naturaleza y que la tradición se va disolviendo, aparecen nuevos tipos de *incalculabilidad*. Se pasa entonces a la segunda etapa del riesgo, que Giddens (1994) y yo hemos llamado incertidumbre manufacturada (*manufactured uncertainty*). Aquí la producción de riesgos es consecuencia de los esfuerzos científicos y políticos por controlarlos o minimizarlos.

Esto tiene dos aspectos. Hubo una época en que el riesgo era algo que uno podía emprender cuando buscaba un poco de emoción. Apostar en la Grand National, darle una vuelta a la ruleta —todo estaba diseñado para agregarle un poco de chispa a una vida ordenada y predecible. Ahora la incertidumbre manufacturada implica que el riesgo se ha vuelto una parte inexorable de nuestras vidas y que todos se enfrentan con riesgos desconocidos y apenas calculables. *Riesgo* se vuelve otra manera de decir “quién sabe” (Beck, 1998). Ya no elegimos tomar riesgos, sino que se nos imponen. Vivimos al borde del precipicio, en una sociedad de riesgo aleatorio de la cual nadie puede escapar. Nuestra sociedad está flagelada por riesgos aleatorios. Calcular y manejar riesgos que nadie realmente conoce se ha vuelto una de nuestras principales preocupaciones. Antes era la especialidad de actuarios, aseguradores y científicos. Ahora todos tenemos que hacerlo, con cualquier herramienta oxidada que podamos encontrar —a veces la calculadora, otras la columna astrológica del periódico. La pregunta básica es: ¿Cómo podemos tomar decisiones acerca de un riesgo del que no sabemos nada?, ¿deberíamos ignorarlo y quizá resultar heridos o muertos?, ¿o debemos alarmarnos y detener o excluir todas las posibles causas?, ¿cuál curso de acción es “racional”, la primera o la segunda opción?

Por otro lado, la incertidumbre manufacturada implica que la fuente de los riesgos nuevos más preocupantes está en algo que la mayoría de nosotros consideraría indudablemente benéfico —nuestro creciente conocimiento. Es en parte debido a que sabemos más acerca del cerebro, que podemos decir que las personas en estado vegetativo permanente pueden estar conscientes y que por lo tanto no debemos apagar los aparatos que los mantienen vivos. Sin embargo, a medida que el conocimiento científico nos abre nuevas oportunidades, también vuelve al mundo más complejo y desconocido, por lo menos para un solo individuo, y a menudo también para los expertos. ¿Cuántas hamburguesas hay que comer para contraer la mortal CJD?⁶ ¿cincuenta, cien, doscientas, mil?, ¿en cuánto tiempo? Dos de las primeras víctimas de CJD en Gran Bretaña habían sido vegetarianas durante cinco años antes de haber contraído la enfermedad —antes de eso, habían sido adictas a las hamburguesas.

⁶ *Creutzfeldt-Jacob Disease*. Así se conoce a la forma humana de BSE o “enfermedad de las vacas locas”.

A medida que el conocimiento y la tecnología siguen su carrera, nosotros nos quedamos atrás, jadeando de ignorancia, cada vez más incapaces de entender o controlar las máquinas de las que dependemos, y por lo tanto, cada vez más incapaces de calcular las consecuencias de sus errores. Las ciencias ambientales nos han enseñado a no pensar tan a corto plazo. Ahora nos preocupamos por las consecuencias de nuestras acciones para las generaciones futuras de lugares remotos. Pero esta admirable tendencia al largo plazo también vuelve más difícil calcular los riesgos de nuestras decisiones. ¿Qué riesgo sufrirán nuestros nietos si usamos demasiado un aerosol o el coche?

Muchos creen que en la era del riesgo sólo queda una autoridad: la ciencia. Pero esto no es sólo un completo malentendimiento de la ciencia, sino también de la noción de riesgo. No es el fracaso, sino el éxito, lo que ha desmonopolizado a la ciencia. Incluso se podría decir que cuanto más exitosas han sido las ciencias en este siglo, tanto más han reflexionado sobre sus propios límites de certeza y tanto más se han transformado en fuente de incertidumbres reflexivas y manufacturadas. Las ciencias están funcionando en términos de probabilidades, lo cual no excluye el peor de los casos.

Esto es aún más cierto en la identificación y manejo del riesgo. En los casos de conflictos de riesgo, los políticos ya no pueden confiar en los expertos científicos. Esto es así, en primer lugar, porque siempre hay aseveraciones y perspectivas rivales y contradictorias procedentes de una variedad de actores y grupos afectados que definen el riesgo de formas muy distintas (Wynne, 1996). Así, la producción de información contradictoria sobre el riesgo es producto de buenos, no de malos, expertos. Segundo, los expertos sólo pueden ofrecer información fáctica y probabilística con mayor o menor grado de certeza, pero no pueden responder a la pregunta de cuál riesgo es aceptable y cuál no. Tercero, si los políticos ponen en práctica los consejos científicos, *quedan atrapados en los errores, modos e incertidumbres del conocimiento científico*. De modo que la lección de la sociedad de riesgo es la siguiente: la política y la moralidad están obteniendo –¡y deben obtener!– prioridad sobre el cambiante razonamiento científico.

Antes había una clara división entre investigación y teoría, por un lado, y tecnología por el otro. La lógica del descubrimiento científico supone poner a prueba antes de poner en práctica. Esto está desapareciendo en la era de las tecnologías riesgosas (Beck, 1995: 111-127). Las tecnologías nucleares tienen que construirse para *poder* estudiar su funcionamiento y riesgos. Los niños de probeta tienen que nacer

para *poder* descubrir las teorías y supuestos de las biotecnologías. Las plantas producidas con ingeniería genética tienen que ser cultivadas para *poder* probar la teoría. Ya se ha perdido el control de la situación experimental. Esto causa serios problemas.

Los científicos se están volviendo inexpertos. Ya no saben qué puede ocurrir desde antes de comenzar su investigación. Al mismo tiempo, necesitan el apoyo de los políticos y del público para financiar su investigación, por lo cual deben asegurar que todo está bajo control y que nada puede fallar.

Como dijo una vez Karl Popper, la lógica básica de la ciencia es que debemos aprender de nuestros errores. En la sociedad de riesgo los errores implican que los reactores nucleares tienen fugas o explotan, que los niños de probeta nacen deformes o que la gente muere de CJD. Los científicos no deberían cometer errores. No obstante, los cometen y, hoy más que nunca, reflexionan sobre ellos.

La sociedad se vuelve un laboratorio, pero no hay nadie responsable de los resultados. Los experimentos de energía nuclear o biotecnología, por ejemplo, resultan ser no concluyentes en las dimensiones de tiempo, espacio y cantidad de gente involucrada. Sin embargo, no hay un experimentador encargado, no hay nadie con autoridad científica que decida sobre la validez de las hipótesis iniciales.

Entonces, ¿cuál es el papel de la política? El hecho es que en el sistema político no se toman decisiones directas acerca de la tecnología (con la excepción de las plantas nucleares). Pero, en cambio, si algo falla, se responsabiliza a las instituciones políticas de decisiones que no tomaron y de consecuencias y amenazas de las que no saben nada.

En relación con el Estado y el Parlamento, la industria tiene una doble ventaja. Tiene autonomía en las decisiones de inversión y un monopolio sobre la aplicación de tecnologías. Los políticos están en una mala posición, luchando por ponerse al tanto de lo que ocurre en el desarrollo tecnológico. La mayoría de los miembros del Parlamento se enteran del desarrollo tecnológico a través de los medios de comunicación. A pesar de todo el apoyo otorgado a la investigación, la influencia política sobre las metas del desarrollo tecnológico sigue siendo secundaria. En el Parlamento no se hacen votaciones acerca de la utilización y desarrollo de microelectrónica, tecnología genética y cosas por el estilo. La mayor parte del tiempo los miembros del Parlamento votan en favor de proteger el futuro económico y los empleos del país. De modo que la división del poder deja a las industrias el pa-

pel principal en la toma de decisiones, sin responsabilidad en los riesgos para la población. Mientras tanto, se asigna a la política la tarea de legitimar democráticamente decisiones que no tomó y que desconoce, sobre todo desde que se privatizaron las industrias que antes pertenecían al Estado. ¿Qué ocurre con los criterios de seguridad del sistema ferrocarrilero privatizado o de las plantas nucleares privadas? De acuerdo con la opinión pública, ¿el Estado realmente ha delegado la responsabilidad?

Así pues, los riesgos no son responsabilidad de nadie. Las neurotecnologías y la ingeniería genética están replanteando las leyes que gobiernan la mente y vida humanas. ¿Quién lo está haciendo?, ¿los expertos científicos?, ¿los políticos?, ¿las industrias?, ¿el público? Se le puede preguntar a cualquiera de éstos y en todos los casos la respuesta será: nadie. La política del riesgo se parece a la "ley de nadie" (*"nobody's rule"*), que según Hannah Arendt es la más tiránica de todas las formas de poder, porque en tales circunstancias no se puede responsabilizar a nadie. En el caso de los conflictos de riesgo, de repente se desenmascara a las burocracias, y el público, alarmado, se da cuenta de lo que realmente son: *formas de irresponsabilidad organizada* (Beck, 1995: 133-146).

Como los riesgos ya no se pueden atribuir a agentes externos, las sociedades industriales han desarrollado instituciones y reglas para vérselas con consecuencias imprevistas y accidentales y con los riesgos que producen. El Estado benefactor (*welfare state*) puede verse como una respuesta colectiva e institucional al carácter de los riesgos y peligros localizados, basada en los principios de una atribución legislada de culpas y responsabilidades, compensaciones establecidas legalmente, principios actuariales de seguridad y responsabilidad compartida colectivamente. El ejemplo clásico de esto sería la creación de los esquemas de compensación y seguro para accidentes y lesiones en el trabajo y para el desempleo.

Sin embargo, bajo el efecto de los riesgos modernos y de las incertidumbres manufacturadas, estas formas de determinar y percibir el riesgo, de atribuir causalidades y de asignar compensaciones se han derrumbado irreversiblemente, cuestionando la función y legitimidad de burocracias, naciones, economías y ciencias modernas. Los riesgos que eran calculables en la sociedad industrial se vuelven incalculables e impredecibles en la sociedad de riesgo. Comparada con las posibilidades de adjudicar culpa y causalidad en la modernidad clásica, la sociedad mundial de riesgo no posee ninguna de estas certezas o garantías.

En términos de política social, la crisis ecológica implica una violación sistemática o crisis de derechos básicos, y el impacto de largo plazo de este debilitamiento de la sociedad difícilmente puede ser sobrestimado. Esto es porque los peligros los produce la industria, los exterioriza la economía, el sistema legal los individualiza y la política los hace parecer inofensivos. El hecho de que esto está socavando el poder y credibilidad de las instituciones sólo se percibe cuando se pone al sistema en evidencia, como ha tratado de hacer Greenpeace, por ejemplo. El resultado es una subpolitización de la sociedad mundial.

En la segunda parte de este artículo, cambiaré de posición para describir algunas de las refutaciones que ha recibido mi teoría de la sociedad de riesgo. En una conferencia en Cardiff en marzo de 1996, la profesora Hilary Rose dijo que le parecía que la sociedad de riesgo tenía antecedentes claramente alemanes y que Gran Bretaña no podía darse el lujo de ser una sociedad de riesgo. Para ella la sociedad de riesgo supone el grado de riqueza y seguridad típico de la Alemania de posguerra. Es sin duda uno de los muy escasos intentos de abrir las ciencias y la teoría sociales a cuestiones ecológicas, y el caso es que ser “verdes” es parte de la identidad nacional alemana. Por otro lado, probar armas atómicas puede ser parte de la identidad nacional francesa y comer *rosbif* los domingos puede ser parte de la cultura británica. Quién sabe. Lo importante aquí es señalar que los conflictos de riesgo no son sólo conflictos intraculturales. Cruzan las fronteras culturales y son, aún más, conflictos de certezas contradictorias. Quieran o no, la gente, los grupos de expertos, las culturas y las naciones se están teniendo que involucrar unos con otros. Quizás no sea completamente incorrecto decir que ha nacido un público europeo, espontánea e involuntariamente, a partir del conflicto por la carne de res británica. Es en la “Europa de la enfermedad de las vacas locas” donde todos están discutiendo con todos, y no sólo en el nivel tecnocrático general, sino también en el nivel cotidiano. Si usted visita, por ejemplo, algún *Wirthaus* (pequeña fonda local) en el sur de Baviera, encontrará en el menú una fotografía del granjero local y su familia, en un intento de crear confianza en su “buena” carne de res, que no tiene nada que ver con la “mala” carne británica.

Así, como sostiene Barbara Adams (1997), se puede distinguir entre conocimiento y efecto, lo cual lleva a distinguir entre dos fases en la sociedad de riesgo. En la primera fase, que podemos llamar “sociedad de riesgo residual”, los efectos se producen sistemáticamente, no están sujetos al conocimiento y debate públicos y no son el centro

del conflicto político. Esta fase está dominada por la autoidentidad de los “bienes” del progreso industrial y tecnológico, que simultáneamente intensifica y legitima como “riesgos residuales” los peligros que resultan de las decisiones. En la segunda fase aparece una situación completamente diferente, donde los peligros de la sociedad industrial dominan los debates públicos y privados. Entonces las instituciones de la sociedad industrial producen y legitiman peligros que no pueden controlar. Durante esta transición, las relaciones de propiedad y poder permanecen constantes y la sociedad industrial se percibe y se critica a sí misma *en tanto* sociedad de riesgo. En la primera fase, la sociedad todavía toma decisiones y actúa según el patrón de la modernidad simple. En la segunda fase, los debates y conflictos que se originan en la dinámica de la sociedad de riesgo se superponen a las organizaciones de intereses, al sistema legal y a la política. Así es como la modernidad se vuelve reflexiva.

En todos mis libros trato de demostrar que en una era de riesgo global, el regreso a la filosofía teórica y política de la modernidad simple está destinado al fracaso. Esas teorías y política ortodoxas siguen vinculadas con nociones de progreso y de cambio tecnológico benigno, con la creencia de que los riesgos con los que nos enfrentamos todavía pueden captarse con los modelos científicos decimonónicos de evaluación de amenazas y con las nociones industriales de peligro y seguridad. Simultáneamente, las desintegradas instituciones de la modernidad industrial –la familia nuclear, los mercados laborales estables, la segregación de los roles de género, las clases sociales– pueden apuntalarse con las oleadas de modernización reflexiva que están llegando a todo Occidente. Este intento dominante por aplicar las ideas decimonónicas a finales del siglo XX es el *error categórico* (*category mistake*) de la teoría social, las ciencias sociales y la política. Esto es lo que intento aclarar en todos mis trabajos, así que permítaseme detallar esta idea central y mencionar las nociones clave de *irresponsabilidad organizada, relaciones de definición y explosividad social de los peligros*.

La idea de *irresponsabilidad organizada* ayuda a explicar cómo y por qué las instituciones de la sociedad moderna deben inevitablemente reconocer la realidad de la catástrofe, negando al mismo tiempo su existencia, encubren sus orígenes y evitan la compensación o el control. Por decirlo de otra forma, las sociedades de riesgo están caracterizadas por la paradoja del creciente deterioro ambiental, percibido como posible, y la expansión del derecho y regulación ambientales. Al mismo tiempo, no se puede responsabilizar a ningún individuo o ins-

titución de nada. ¿Cómo puede ser esto? Para mí la clave para explicar este estado de cosas es la disparidad que existe en la sociedad de riesgo entre el carácter de los peligros –o incertidumbres manufacturadas, producidas por la última sociedad industrial–, y las *relaciones de definición* (Beck, 1995: 116-118, 129-133, 136-137) más usuales, que en su construcción y contenido datan de una poca anterior y cualitativamente diferente.

En la sociedad de riesgo la noción de relaciones de definición es la noción paralela a las relaciones de producción (Karl Marx). Incluyen las reglas, instituciones y capacidades que estructuran la identificación y evaluación de los riesgos; constituyen la matriz legal, epistemológica y cultural donde se lleva a cabo la política de riesgo. Me centro aquí en cuatro relaciones de definición:

1) ¿Quién debe determinar lo dañino de los productos o lo peligroso de los riesgos? ¿La responsabilidad pertenece a los que generan los riesgos, a los que se benefician de ellos o a las agencias públicas?

2) ¿Qué tipo de conocimiento o desconocimiento acerca de las causas, dimensiones, actores, etc., está implicado? ¿A quién deben presentarse esas “pruebas”?

3) ¿Qué debe considerarse pruebas suficientes en un mundo donde tratamos necesariamente con conocimiento y probabilidades discutibles?

4) Si hay peligros y daños, ¿quién debe establecer la compensación para los agraviados y las formas apropiadas de control y regulación en el futuro? (Goldblatt, 1996: 166ss).

En relación con cada una de estas preguntas, las sociedades de riesgo están actualmente atrapadas en un vocabulario que se presta para una interrogación de los riesgos y peligros a través de las relaciones de definición de la modernidad simple, clásica, original. Éstas son particularmente inadecuadas no sólo para las catástrofes modernas, sino también para los desafíos de la incertidumbre manufacturada. En consecuencia, tenemos que enfrentar la paradoja de que al mismo tiempo que las amenazas y peligros se perciben como más nocivos y obvios, se escapan de la red de pruebas, atribuciones y compensaciones con la que los sistemas legales y políticos intentan capturarlos.

Por supuesto, todos se preguntan quién es el *sujeto político* de la sociedad de riesgo. He pensado mucho en cómo responder a esto, pero mi respuesta todavía no se reconoce ni teórica ni políticamente (Beck, 1995: 96-110). Mi argumento es el siguiente: nadie es el sujeto y, al mismo tiempo, todos lo son. Quizás no sea muy sorprendente

que esta respuesta aún no se haya reconocido. Pero hay más. Lo que propongo se acerca mucho a la teoría de los *cuasi-objetos* de Bruno Latour (1995). Para mí los peligros mismos son cuasi-sujetos. Esta cualidad activa la producen las *contradicciones en las que quedan atrapadas las instituciones en la sociedad de riesgo*. Utilizo una metáfora para explicar esta idea: la *explosividad social del peligro*. Esto explora las formas en que el reconocimiento de peligros, riesgos e incertidumbres manufacturadas de gran escala echan a andar una dinámica de cambio político y cultural que socava las burocracias estatales, desafía el predominio de la ciencia y traza nuevas fronteras y frentes en la política contemporánea. Así es como los peligros, entendidos como *cuasi-sujetos contruidos y producidos socialmente*, son poderosos e incontrolables “actores” que restan legitimidad y estabilidad a las instituciones estatales responsables de controlar la contaminación, en particular, y de mantener la seguridad pública, en general.

Los peligros mismos arrasan con los intentos de las élites institucionales y de los expertos de controlarlos. Los gobiernos y las burocracias, por supuesto, ejercitan trilladas rutinas de negación. Los datos pueden esconderse, negarse y distorsionarse. Puede explotarse la brecha entre conocimiento y efecto. Pueden movilizarse contrargumentos. Pueden ajustarse los sistemas expertos. Pueden elevarse los niveles máximos aceptables. Puede presentarse al error humano, en lugar del riesgo sistemático, como el villano de la obra, y así sucesivamente. También se podría responsabilizar a toda Europa por la crisis de la enfermedad de las vacas locas. Sin embargo, las naciones están librando una batalla donde las victorias son temporales porque ofrecen juramentos decimonónicos de seguridad en una era de sociedad mundial de riesgo. Todos a nuestro alrededor podemos ver cómo sucede esto.

Estas ideas se vinculan, claro está, con la noción de Estado *de seguridad o de providencia* que aparece en el trabajo de François Ewald (1987). Para mí, su teoría representa un cambio básico en la interpretación del Estado benefactor. Mientras que la mayoría de los investigadores sociales han buscado explicar los orígenes y construcción del Estado benefactor en términos de intereses de clase, mantenimiento del orden social o fortalecimiento de la productividad nacional y poder militar, este argumento concibe el suministro de servicios (atención a la salud), la creación de esquemas de seguros (pensiones y seguros de desempleo) y la regulación de la economía y el ambiente en términos de creación de seguridad. Claro que en relación con las in-

dustrias y las tecnologías, los expertos técnicos sí juegan un papel central para responder cuánta seguridad es la suficiente. Se ha desafiado este modelo del Estado capitalista moderno como Estado providente. Una de las críticas es que la noción de Estado de seguridad se correlaciona mucho más con las instituciones y procedimientos de las naciones de la Europa continental occidental que con las naciones capitalistas angloamericanas o con las naciones socialdemócratas escandinavas.

Finalmente, quisiera señalar dos implicaciones de esta tesis. La primera es que la sociedad de riesgo no se refiere a que caigan del cielo submarinos nucleares explosivos; tampoco es, como se podría suponer, una expresión más de la *angst alemana* del milenio. Todo lo contrario. Lo que sugiero es un nuevo modelo para entender nuestra época y con un ánimo nada desesperanzado. Aquello que otros ven como el desarrollo de un orden posmoderno, mi argumento lo interpreta como un estado de modernidad radicalizada. Un estado en que la dinámica de la individualización, la globalización y el riesgo socavan a la modernidad y sus fundamentos. Pase lo que pase, la modernidad se vuelve *reflexiva*, es decir, preocupada por sus consecuencias no intencionales, sus riesgos y sus fundamentos (Beck, Giddens y Lash, 1994). Cuando la mayoría de los teóricos posmodernos critican a las grandes narrativas, la teoría general y la humanidad, yo me mantengo comprometido con las tres, aunque en un nuevo sentido. Para mí la Ilustración no es una noción histórica o un conjunto de ideas, sino un proceso y una dinámica donde la crítica, la autocrítica, la ironía y la humanidad juegan un papel central (es el tema de mi investigación actual). Cuando para muchos filósofos y sociólogos “racionalidad” significa “discurso” y “relativismo cultural”, mi noción de “modernidad reflexiva” implica que no tenemos *suficiente razón* (*Vernunft*).

Segunda, las zonas de decisión previamente despolitizadas se están politizando a través de la percepción del riesgo, y deben abrirse al escrutinio y debate públicos. Las decisiones económicas corporativas, las agendas de investigación científica, los planes de desarrollo y el despliegue de nuevas tecnologías deben abrirse todos a un proceso generalizado de discusión y debe desarrollarse un marco legal e institucional para su legitimación democrática (Beck, 1997).

Para mí la democracia técnica (o ecológica) es la utopía de una modernidad responsable, una visión de sociedad donde las consecuencias del desarrollo tecnológico y del cambio económico se debaten antes de tomar las decisiones cruciales. La carga de las pruebas de

los riesgos y peligros futuros y de la actual degradación ambiental corresponderían a los perpetradores y no a los agraviados: del principio de que el contaminador *paga* al principio de que el contaminador *prueba*. Finalmente, debe establecerse un nuevo cuerpo de criterios de prueba, corrección, verdad y acuerdo en la ciencia y el derecho. Entonces, lo que necesitamos es nada menos que una segunda *Ilustración*, que abra nuestras mentes, ojos e instituciones a la amenaza autoinfligida de la civilización industrial.

Muchas teorías y teóricos no reconocen las *oportunidades* de la sociedad de riesgo. Además, se deben reconocer las formas en que los debates contemporáneos de este tipo —a partir de los cuales las industrias nucleares y de biotecnología, por ejemplo, han sido obligadas a justificar y defender sus actividades en el dominio público (Beck-Gernsheim, 1995)— están restringidos por los sistemas epistemológicos y legales dentro de los cuales se llevan a cabo.

Éste es uno de los temas que me gustaría que se explorara, quizás en el nivel comparativo y europeo. Implica reconstruir la definición social de riesgo y de manejo de riesgos en distintos contextos culturales, así como averiguar más acerca del poder (negativo) de las definiciones y conflictos de riesgo en contextos donde se obliga la reunión de gente que no quiere estar junta, pero que tiene que hacerlo. Todo esto nos es familiar y ya está ocurriendo. Pero valdría la pena y sería una nueva aventura combinarlo con las cuestiones de irresponsabilidad organizada y con las relaciones de definición en distintas culturas y naciones europeas.

Bibliografía

- Adams, Barbara (1997), "Timescapes of Modernity", Cardiff (mimeo.).
 Beck, Ulrich (1992), *Risk Society*, Londres, Sage.
 ——— (1995), *Ecological Politics in an Age of Risk*, Cambridge, Polity Press.
 ——— (1997), *The Reinvention of Politics*, Cambridge, Polity Press.
 ——— (1998), "Misunderstanding Reflexivity", en U. Beck, *Democracy without Enemies*, Cambridge, Polity Press.
 ——— y E. Beck-Gernsheim (1996), "Individualization and Precarious Freedoms: Perspectives and Controversies of a Subject-Oriented Sociology", en P. Heelas, S. Lash y P. Morris (eds.), *Detraditionalization*, Oxford, Blackwell.
 ———, Anthony Giddens y S. Lash (1994), *Reflexive Modernization*, Cambridge, Polity Press.

- Beck-Gernsheim, E. (1995), *The Social Implications of Bioengineering*, Atlantic Highlands, Humanities.
- Ewald, François (1987), *L'état providence*, París, Grasser y Fasquelle.
- Giddens, Anthony (1994), *Beyond Left and Right*, Cambridge, Polity Press.
- Goldblatt, David (1996), *Social Theory and Environment*, Cambridge, Polity Press.
- Latour, Bruno (1995), *Wir sind niemals modern gewesen*, Berlin, Academic Verlag.
- Wynne, B. (1996), "May the Sheep Safety Graze?", en S. Lash, B. Szerszynski y B. Wynne (eds.), *Risk, Environment and Modernity*, Londres, Sage.

